

Edward A. Roberts y Bárbara Pastor

Diccionario etimológico  
indoeuropeo de la lengua  
española

Alianza Editorial

## ÍNDICE

PRÓLOGO, por Camilo José Cela .....	VII
INTRODUCCIÓN.....	IX
CÓMO USAR ESTE DICCIONARIO .....	XV
ABREVIATURAS .....	XIX
BIBLIOGRAFÍA .....	XXI
FAMILIA DE LENGUAS INDOEUROPEAS .....	XXIV-XXV
TÉRMINOS DEL DICCIONARIO .....	1
ÍNDICE DE FAMILIAS LINGÜÍSTICAS .....	199
ÍNDICE ALFABÉTICO .....	285

## PRÓLOGO

### UN BERENJENAL DE MUCHA SABIDURÍA

Una dama que ofició de lazarillo a mi pariente Pascual Duarte Cabrero en sus andanzas por las trochas, los canchales y los desgalgaderos del latín, doña Bárbara Pastor de Arozena, se me ha metido ahora en un berenjenal de mucha ciencia y sabiduría, en una camisa de once mil varas de inteligencia, amor y buen sentido, el *Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua española*, al que, como ya suponía, ha puesto airosamente la bandera en el tejado; cuando una mujer se empeña en algo, solía decirme mi director espiritual, el reverendo padre Barahona, O. S. B., don Roque Barahona Barragán, alias Pinchaúvas, no se le pone nada por delante y remata siempre su propósito.

—¿Y si le da la varicela?

—Nada; se cura y sigue su camino como si tal.

Doña Bárbara, en alianza con don Edward Roberts, otro sabio en estos recoletos y también recónditos menesteres, se ha propuesto rastrear las palabras españolas en sus más remotas raíces indoeuropeas y a mí me da el pálpito que lo ha conseguido porque no me parece persona dada a la divagación ni a la pérdida de tiempo al modo, sin ir más lejos, de mi amigo el marraguero Florentino Zarallo Merchán, alias Suigéneris, que tenía una hija bibliotecaria, Lolita; otra boticaria, Pilarín; otra ludópata tipo bingo, Carmencita, y otra cuyo nombre no se dice, pajillera, perdonada sea la manera de señalar, con cascabel en la muñeca el servicio era más caro, como es natural. A mi amigo Florentino, cuando expiró, Dios Nuestro Señor lo mandó al infierno, como cabe suponer, donde se hartó de varear colchones para Belcebú y demás compinches de caldera; mi amigo Suigéneris, de haber sabido la que le esperaba, se hubiera portado un poco mejor, pero ahora ya era tarde, ¡a joderse, hermano, y haber espabilado a tiempo!

Quien tiene ciencia bastante para poder hacerlo me instruye sobre el martirio de los cinco santos hermanos Cosme, Damián, Antimo, Leoncio y Euprepio, los que, habiendo sufrido por divina virtud muchos tormentos, prisiones y cárceles, fueron echados en la mar y en el fuego, y tras ser crucificados, apedreados y asaeteados, fueron también decapitados, ¡caray con Diocleciano! Pues bien, en el triunfo de estos mártires del año 1989, o sea, veinte días antes de que los suecos me dieran el Nobel, ¡qué ocurrencia!, escribí un prólogo para *De familia de Pas-*

*cual Duarte* en latín, en traducción de doña Bárbara, como ya más arriba medio dije.

En aquellas aún no tan lejanas páginas hablaba del zurupeto Catulino Jabalón Cenizo, el de doña Pura, que se acabó escapando con una cupletista y anda ahora por la isla de Pascua según las últimas noticias recibidas; del doctor Jerónimo Tárbeno, el dermatólogo europeizante que un año después murió de cox de mulo, le pegó justo en el colodrillo estando a la necesidad y por tanto en cuclillas, se le trabó el pantalón y no pudo apartarse a tiempo, el súbito finamiento acaeció en Hortezueta de Océn, no lejos pero tampoco cerca de mi casa, el mulo se llamaba Chispero y era corpulento y medio albino; de doña Gertrudis Bazalote, alias Braga de Hierro, espécimen de la estulticia femenina indígena, no se puede asegurar pero es más que probable que doña Gertrudis Braga de Hierro se haya eclipsado sin que nadie se percatara, la soledad puede conducirnos a extremos desangelados; de un afamado novelista padronés amigo del zurupeto, y creo que de nadie más. Esto de contar la comedia humana cuando no se encuentra a tiempo el burladero es algo muy parecido a dar gato por liebre pero pidiendo antes permiso para hacerlo.

Como entonces hizo y no escarmentó, doña Bárbara me pide de nuevo un prólogo, ahora para su diccionario; yo no soy quien para hacerlo, pero aún menos para negarme a hacerlo, entre otras razones porque la obediencia también es cortesía. En el *Libro II de los Macabeos* se dice: *Stultum etenim est ante historiam effluere, in ipsa antem historia succingi*, y cito en latín en homenaje a doña Bárbara: es estulto extenderse en el prólogo a una historia que se va a contar sucintamente. Doña Rosana la del sopepalávir, sostén pertrechado para la virtud, le preguntó al amanuense: «¿Usted cree que un diccionario debe ser sucinto?».

Y el amanuense, de volea, fue y le dijo, dice, digo: «Sí, señora, en la Biblia se asegura que los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría; los diccionarios son siempre fruto de la sabiduría, si no, no pasan de ser centones descabezados, y la sabiduría es hermana de la geometría, el arte metafísicamente sucinto al que, por razón de principio, ni le falta ni le sobra una línea y encuentra su perfección expresándose con el menor número posible de líneas».

Baste con mi saludo y con mi gratitud.

**Camilo José CELA**

# INTRODUCCIÓN

## I

«Cuando los juegos del lenguaje cambian, cambian los conceptos, y con los conceptos, el significado de las palabras.»

(Ludwig Wittgenstein)

La teoría literaria y la hermenéutica han tenido gran dificultad en tratar el «significado» satisfactoriamente. Con las nuevas tendencias y la complejidad de corrientes que hoy dominan las distintas áreas del saber se hace necesario, para que sea completo, tratar el significado en sus aspectos filosófico y epistemológico. Sin embargo, el significado de un texto literario es aprehensible a veces sólo en su conexión directa con la etimología, normalmente viciada por la «intención» del escritor, que bien puede cambiar el sentido originario de una palabra. Así, según Voltaire, para que un diccionario sea completo, debe ir acompañado de citas literarias; o de lo contrario, es un esqueleto. El presente diccionario contiene, naturalmente, voces como **perplejo**, **error**, o **agonía**, pero no explica cómo fueron utilizadas en su sentido originario por Shakespeare, Goethe, o Unamuno.

En este diccionario el lector sí encontrará: 1) una referencia semántica con respecto a la etimología remota, compartida generalmente por varias lenguas indoeuropeas; 2) la línea de transmisión por la cual una palabra ha llegado al idioma español, y 3) la relación que guarda con otras voces pertenecientes a la misma familia. No es éste, en ningún caso, un diccionario de definiciones *stricto sensu*. La definición se da solamente si ésta añade énfasis a la relación entre un vocablo y su raíz, o, viceversa, si muestra una evolución semántica contraria a la raíz. La voz **escanciar**, por ejemplo, necesita definición: su inclusión en la raíz indoeuropea \**skeng-* 'torcido' no añade información a lo que el lector encuentra en cualquier otro diccionario: «(del germ. *skankjan* 'dar de beber') 'servir el vino en las mesas y convites'; 'beber vino'». El presente diccionario le informa de su significado original 'inclinado (para servir el vino)'.

Un diccionario es también un libro que recoge voces. Qué voces recoge, y cómo las recoge, es lo que condiciona qué clase de diccionario es y el propósito

que pretende cumplir. Existen ya casi todo tipo de diccionarios: crítico, etimológico, técnico, científico, histórico, ideológico, de símbolos, de sinónimos y antónimos, de uso, etc. Ninguno, sin embargo, presenta las palabras en familias pertenecientes a un origen etimológico común. Que **pie**, **peaje**, y **peatón** pertenecen a la misma familia no es difícil de ver; o que **pedestre** y **aparse** son derivados de **pie**, como **piezgo** y **trapecio**; que también lo son **herropea**, **peor** y **pecado**, así como **pijama**, **babucha**, **pionero** y **pedigrí**, entraña más dificultad. Sin embargo, todos pertenecen a una misma raíz, y a través de distintas lenguas indoeuropeas llegan al español con el mismo significado original de «pie», modificado por sus respectivos intermediarios árabe, francés, inglés, indio, y persa.

Contemplar una palabra desde su raíz remota permite aprehender su significado más prístino: **pancarta** es hoy algo muy distinto a 'documento donde constaban todos los bienes de una iglesia'; también ha cambiado el **protocolo** desde la 'primera hoja encolada en una lista de documentos'; y adquiere otro sentido el uso de la metáfora: gastar una **broma** puede ser serio, si broma es caries que carcome los buques. Y es posible entender el juego de palabras en «ministro megalómano» que hace un escritor hispano, si sabemos que **ministro** es, etimológicamente, 'inferior o menor' al **maestro**, que ha sido desde siempre 'el grande'.

De la etimología remota viene el verdadero sentido de una palabra: **hidroma** e **hidroterapia** proceden de la voz griega que significa 'agua', pero igualmente significan 'agua' **vodka** y **whisky**, tanto para rusos como para escoceses. De **hidro-** derivan muchas palabras, fáciles de encontrar en cualquier diccionario excepto en éste, cuya función no es incluir todo el vocabulario español, sino presentar distintas familias con un origen común. En consecuencia, el lector encontrará aquí conceptos y formación abstracta, no elenco de palabras: **trabajar** significa 'sufrir', aunque curiosamente las definiciones tradicionales añadan «fig.» a la acepción 'sufrir una cosa'. Y viceversa, el concepto de **estólido** es 'estar firme, no moverse', y en sentido figurado 'falto de razón y juicio', si bien es ésta la única definición que dan los diccionarios. De **prevaricar** dan solamente su acepción jurídica, cuando en realidad procede de los antiguos agricultores 'hacer guiñas el arado'. **Testigo** va etimológicamente unido a 'presencia de una tercera persona', como **sarcasmo** a 'sacarle la sangre a uno'. **Fiel** y **fielato** no son lo mismo; ambos vienen del latín, pero de muy distinta palabra: uno es 'leal', y otro, 'aguja de la balanza'. También encontrará el lector voces ausentes en los diccionarios de uso, por ejemplo **dapífero** 'el que servía la comida al rey', o **dendrocronología**, término introducido en arqueología para determinar 'la edad de un árbol contando los anillos anuales de su crecimiento'. Conocerá el origen de palabras generalmente consideradas árabes, como **arjorán**, o **coima**, pero a su vez procedentes de otras lenguas, lo cual no consta en los diccionarios; y de voces tratadas como anglicismos o galicismos, cuando en realidad vienen del latín, por ejemplo **dril**, cuyo significado 'tela fuerte de algodón' se debe, precisamente, a su composición de 'tres hilos' dada por el latín *trilicium*. Asimismo, podrá observar el curioso fenómeno de evolución semántica en palabras como

**armatoste**, que de su acepción positiva dada por el francés antiguo *tost* 'pronto' pasó de ser 'aparato con que se armaban las ballestas' a designar todo 'enser viejo y embarazoso', como consecuencia de la llegada de las armas de fuego y, por lo tanto, quedarse anticuado el uso de la ballesta.

La agrupación de voces en familias permite ver rápidamente los préstamos que el español tiene de otras lenguas: del germánico, términos bélicos; del escandinavo, términos navales; del francés, términos de artillería; del persa, textiles y de colores. Y de los colores, su doble procedencia: **blao**, del alemán / **azul**, del persa; **albo**, del latín / **blanco**, del alemán; **rojo**, del latín / **escarlata**, del árabe; **amarillo**, del latín / **gualda**, del alemán.

La «etimología», voz de creación estoica, tiene como objeto descubrir el origen de las palabras; es decir, llegar al étimo, a la "verdad" del verbo. El carácter especulativo y semánticamente abierto de la etimología permite aceptar hipótesis distintas en torno a esa verdad. La búsqueda etimológica se relaciona, naturalmente, con la búsqueda genealógica: pertenece a la Historia.

Gracias a la lingüística estructural, la labor etimológica ha alcanzado una mayor dimensión. Ya no se trata de seguir un recorrido en línea recta a través de los siglos, sino de ver asociaciones paradigmáticas entre distintas voces, que permitan descubrir el funcionamiento productivo de la lengua. Analogía, sinonimia, metáfora, constituyen un método eficaz para entender y encontrar étimos nuevos, muy a pesar de los lingüistas que buscan la verdad histórica en el principio del axioma y a cada unidad léxica no le dejan aceptar más que *una* etimología. Ahora bien, ¿es legítimo admitir una sola explicación histórica, cuando en la sincronía es posible la diversidad? Sin apreciar el dinamismo de las palabras, ¿cómo se puede alcanzar el dominio de una lengua, o conocer con precisión el matiz que distingue una voz de otra? ¿Cómo elegir entre «ordinario», «banal» o «trivial» cuando el efecto buscado no es cualitativo, sino evocador? Y aun excluyendo el galicismo «banal», ¿cuál preferir entre «ordinario» y «trivial»? Será útil saber que *trivialis* es el atributo etimológico de la prostituta que espera en la intersección de tres vías.

Si es el fragor de las armas, «fragor» será, y no otro, el término idóneo, por muy sinónimos que parezcan «bramido», «estrépito», o «clamor». Sólo si aceptamos esto, podemos entender cómo de «fragor» viene «sufragio», forma de votar los antiguos: no es rompiendo téseras —según los diccionarios—, sino haciendo chocar las armas en señal de aprobación los guerreros en la asamblea. Naturalmente, la raíz indoeuropea de 'romper' o 'chocar' es la misma; en este caso, *\*bhreg-*, común al sánscrito, al germánico y al latín. De ella llegan al español palabras tan dispares como: **brecha**, **bregar**, **fracción**, **fragmento**, **fragor**, **chaflán**, **infracción**, **refrán**, por medio del gótico, latín, y occitano.